

Año 1927, tomo I, nº 1 al 5

Año 1928, tomo II, nº 6 a 18

Varieté

30 céntimos

5 JUN. 1973



DÍAZ-ANTÓN.

SEXO DÉBIL (por Díaz-Antón.)

Ella (bajándose las mangas).— ...Y lo que no te perdonaré jamás es que me hayas vantado la mano!



Galería de retratos **PALOMA LUJAN**

La estrepitosamente guapísima cupletista, tan aplaudida.

(Fot. Walken.)



Varieté

REVISTA COMICA Y DE ESPECTACULOS

Redacción y Administración: Campomanes, 12

APARTADO DE CORREOS 8.032

Aparece los sábados ~ 30 céntimos ejemplar

~ ~ Ordenanza de Varieté, D. Canuto ~ ~



Año I

Madrid 3 de Diciembre de 1927

Número 1

AL PUBLICO

Respetable público, amo y señor: Tengo el honor de dirigirme a ti para hacerte una confidencia antes de solicitar tu ayuda tan necesaria para lo que tiene de financiera esta segunda salida que hago al espinoso campo del editor. La confidencia es esta: "También se ríe por miedo"... y yo llevo cuatro días de risa, convulsiva, a lo que parece...

Ahora voy a lo de la ayuda. Señor: Tú siempre me has favorecido con tu cariñosa atención, en más de la cuenta, y ese cordial e inmerecido favor, que a más de convertirse en el ragú y la manzanilla que por clasificación me corresponden ha confortado mi espíritu y me ha dado alientos para la lucha, esa atención, digo, la necesito ahora más que nunca; y aunque me lanzo ayudado por tan buena gente como son mis compañeros, no creo que haya desdoro para mí en recordarte lo del ragú y lo de la manzanilla, ¡que no sólo de cocido vive el hombre!

Vuestro,

DEMETRIO

los TEATROS críticas hipnóticas

Esta sección de críticas hipnóticas de VARIÉTÉ, está llamada a realizar un gran servicio al teatro, tan en peligro en estos tiempos de triunfo del cine, en cuyas taquillas ya paga el público hasta cerca de un duro por la butaca.

Nos hemos empeñado en que esta sección llegue a interesar al público, del cual ya nadie se ocupa ahora, que no hay más que una discusión entre críticos y autores.

Venimos como redentores y no como matones; y como tales redentores estamos dispuestos a soportar, capote en mano, los horrores de la brega.

El ilustre doctor Comprimido, Presidente del Colegio de Zurdos, nos va a prestar a sesenta días, su valiosa colaboración, poniendo al servicio de una crítica absolutamente científica y pura, sus dotes de magnetizador formidable; a cuyo efecto hemos contratado por diez duros y la comida, al mes, a Sánchez, un infeliz neurasténico, para que oficie de medium con el famoso doctor, el cual, una vez dormido Sánchez por su mandato, le hará decir cuánto pasó en los estrenos, no solamente con la obra, sino con el público y los autores y los actores y hasta con los carpinteros; con otros pormenores que en nuestra ingenuidad no comprendemos porque no se hacen públicos, ahora que se chismorrean hasta lo que no se debe chismorrear.

No deberán dudar ustedes de la veracidad de nuestras críticas hipnóticas, puesto que serán dictadas por el vidente ajeno en absoluto al partidismo ni al favor. El pobre Sánchez, una vez dormido por el ilustre doctor Comprimido, hablará mal hasta de su progenitor (si llega el caso), que también, cuando la verdad se lo dicte, dirá obediente, las cosas más agradables.

Podemos anticipar a los lectores de VARIÉTÉ, que se han de divertir con esta sección, la cual llegará a ser un remedio para el teatro, al par que un regocijo semanal.

Y hasta el próximo número, en que del doctor Comprimido, comenzarán sus buenos oficios.

Gárgaras literarias

En honor a la verdad hay que hacer constar que si el carácter apacible de un señor se torna en despótico, cuando pasea en auto, es porque cree ver un insulto en cada mirada de los peatones. Y acaba por irritarse en su fuero interno, y en sus labios se dibuja una mueca de desdén hacia el viandante, y nace la chispa del odio y los denuestos que sordamente murmuran unos y otros en estas o parecidas endechas: "¡Mal rayo te parta!" "¡Pero si sabrán por dónde ponen las pezuñas!" "¡Así se desboquen los cuarenta caballos de ese faetón!" "¡Chófer, aplástelos usted!", y otras que la pulcra tonalidad de esta revista no podría hacer públicas, como no fuera bajo el título de "sólo para hombres".

Ese gato siniestramente negro y demoníacamente enfurecido, que arqueado el lomo y centelleantes los ojos, pasa ante nosotros pegando botes, parece que huye del alma de los tres mil ratones que ha devorado, aunque, en realidad, si se presenta ante nosotros bajo esa fantasmal apariencia, es porque le acaban de sacudir un badilazo en los cuartos traseros, que le han hecho polvo.

¿Y qué es Pirandello? Pues un señor con cuello y corbatita, que se tiene que abrochar los botones de su gabán porque ellos no se abrochan solos, y que le sabe el azúcar con el mismo gusto que a un cargador de pellejos, y que ante ese recinto nada ancho y encadenado, que ostenta unas iniciales en la puerta, siente la misma torturadora angustia que cualquier otro ciudadano, si no puede penetrar con la premura a que le obliga el imperativo categórico de la digestión.

Este número ha sido visado por la censura

Por el ojo de a cerradura Los riesgos de viajar

“Esto matará aquéllo”, que dijo Víctor-Hugo; el auto matará al ferrocarril más deprisa de lo que pensamos. Pero no crean ustedes que le matará por más cómodo, por más barato o por más rápido. No. La puñalada se la ha de dar por el furgón de cola...

Ustedes ya habrán visto lo que ocurre con ese negocijo de los robos en los ferrocarriles. De cuatro años a esta parte, no se han librado del espolio, más que los ciudadanos que viajan sin maleta. Algunos guardafrenos, convencidos de que en lo que no hurtasen el chisme que se les encomienda, cumplían bien sus deberes, se aplicaban con ahincado denuedo a forzar cerraduras para proveerse de cuanto, por andar siempre de un lado para otro, no tenían tiempo de adquirir en las tiendas: calcetines, pañuelos, zapatos, ropa blanca, gabanes, mantas, tal cual alhajita...

Como en los autos el equipaje queda reducido al maletín de mano, el riesgo se aminora. Dentro de poco, nadie viajará en tren, más que en trayectos inferiores al recorrido del “cangrejo” urbano.

Por cierto que en la lista—la verdadera lista grande—de los objetos encontrados en poder de los modernos saltadores, abundan los mantones de Manila. Se ignoraba que fuésemos tan castizos. No sabíamos que esa prenda castiza y verbenera, nos fuese indispensable para salir de casa. En el extranjero causará sensación la noticia. Ya estamos viendo el comentario en el *Bedecker*: “Las españolas, que en las ciudades y por el “qué dirán”, usan “toaletas” parisinas, al cambiar de residencia tornan a exhibirse de majas, envolviendo sus cuerpos cimbreantes en chales sedefios y bordados, de alta policromía.”

Otra novedad que nos revela el suceso de marras, es la costumbre de no cambiarse de calcetines con la frecuencia apetecible. Se han rescatado pocos pares. Dicen los ladronzuelos que era raro encontrarlos. Sólo en esos magníficos baules que acusan en sus propietarios posición desahogada, lograban—tras juiciosa rebusca—tropezar con algún ejemplar..., que solía estar zurcido.

Por su calidad de maletas, a más de un lidiador de reses bravas—setenta corridas a cuatro mil duros—, les desabrochaban el pecho en el tren

y, mientras se entregaban al reposo, para llevarse el corazón. Así y no de otro modo, se explican los fracasos de tan bizarra gente.

Peligrosos los trenes y peligroso el auto, el uno porque te desvalijan y el otro porque te desvencijan, lo

más cauto, si de viajar se trata, es andar como andamos el noventa por ciento de los nacidos: sin dinero y a pie. Y aún así, ¿quién se libra de unos ojos ladrones?...

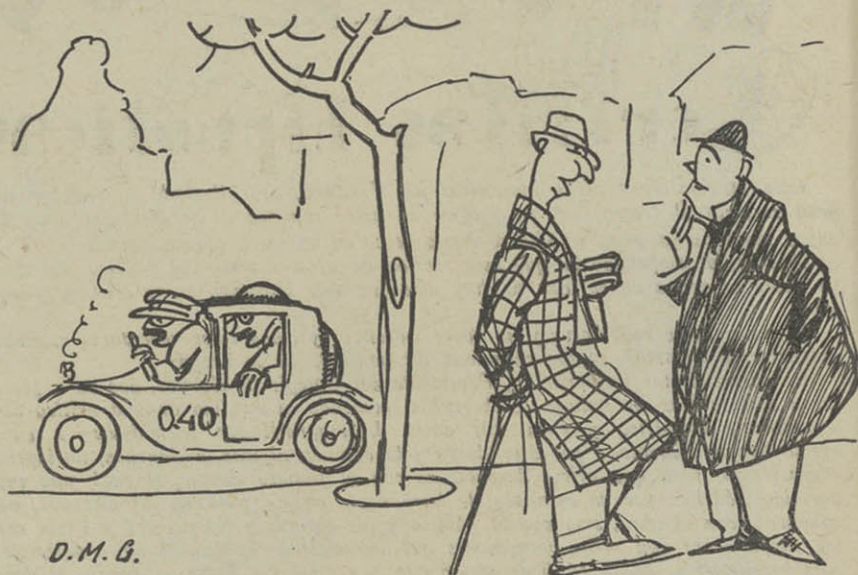
LEOPOLDO BEJARANO.



DÍAZ-ANTÓN.

¡NO ES LO MISMO...!, por Díaz-Antón.

Mandar a uno al cuerno... que el cuerno lo mande a uno.



D. M. G.

—Pero ¿qué me dices? ¿Que ha muerto nuestro amigo Juan, hoy, a las seis de la mañana?... ¡Eso no me sucederá a mí!

—¿Por qué?

—Porque a las seis de la mañana estoy durmiendo siempre...

(Dib. de D. M. G.)

Suplicamos al respetable que sepa disculpar las deficiencias que tiene este primer número, las cuales quedarán subsanadas en los sucesivos.—“El ordenanza de VARIETÉ”.

De utilidad y recreo



L. Vargas.

El cuchillo esponja

Una de las muchas equivocaciones que la gente alimenta y engorda, es la de que para cometer un asesinato no hay que tener más que obcecación o mala entraña, a más de un herético desprecio por el sagrado mandamiento, y no es así. A más de esas abominables circunstancias, hay que poseer la ciencia asesinatoria suficiente para no *quedar mal* como ejecutante. No se descuartiza a una persona así como así; no se le asestan las puñaladas necesarias a un individuo con la seguridad del éxito, si se atizan a tontas y a locas y con cualquier herramienta.

Un asesino que se estime en algo, debe proveerse del herramental necesario, por si las circunstancias le obligan a poner en juego *toda la gama*.

Hay veces que va uno a asesinar a una persona, creyendo de buena fe que por estar la víctima en lugar apartado y sin testigos, bastará con *tirarle dos viajes* al hígado y limpiar en su solapa la cabritería, mientras vacila antes de caer, no quedando por hacer más que robarle la cartera, si hemos *trabajado* por robar, o pisotearle la nariz, si fué la venganza el móvil de la faena, y mar-

esté quieto. ¡Estas operaciones son las de verdadero mérito!

El primer caso es el de los crímenes fáciles, al alcance de cualquier persona sencilla. La ocasión da todas las facilidades y casi hay que *avenganzarse* de él, porque, al contrario de acreditar, hace suponer con fundada razón, que el asesino que procede así, tal vez no se atreva a rea-



lizar una labor difícil en una víctima que se resista, y mucho menos, un descuartizamiento científico y rápido sin ensuciarse la ropa.

Uno de los útiles más necesarios, pues, es el cuchillo, el cual, no ha tenido variación desde sus primeros tiempos y quiero que conozcan los lectores de VARIETÉ un invento mío

portante acto lo que tiene de terrorífico: la sangre. Queda toda embebida en la esponja.

Así es que le atiza usted el puñalón al ciudadano que desee suprimir o simplemente por gusto, y le ve usted caer como un costal, pero sin el horripilante borbotón de sangre, cuya visión le deja a uno nervioso y destemplado lo menos, lo menos..., diez minutos. Y hay que evitarse esa molestia, porque..., ¿quién no ha pensado en *despachar* a su sastre?

DON CANUTO
(Ingeniero.)

En el próximo número: "Procedimiento para que piquen los peces más refractarios y escamones, para dejar-se pescar."



chase tranquilamente silbando música de Guerrero o Alonso, y luego resulta que se le revuelve a uno la víctima y hay que trabajar más que un hombre honrado para despachar al individuo, al que hay que separarle la cabeza del tronco para que se

que ha de ocasionar una provechosa revolución en el mundo del crimen. Se trata del *cuchillo esponja*, el cual he ensayado en ocho cerdos consecutivos con más éxito que "La Villana".

El gráfico explicativo les dirá más

Biblioteca Nacional de España

Manera sencilla de exprimir la esponja, sin mancharse, gracias a los buenos oficios de la cazoleta de hule.



L. Vargas.



Viajando en primera

Su frivolidad.—Su romanticismo.—Sus sombreros.—Su tuberculosis pulmonar.—Su abuela.

En el Bosque de Boulogne.

Lo primero que hice cuando llegué a París fué hacer dos o tres evoluciones, como en esas operetas en tres actos en que sale un individuo con un turbante en la cabeza y con un acento asqueroso de la Prosperidad diciendo que es un príncipe indio, y tatarrear esta idiotez meneando mucho una mano:

¡París, París
espuma del champán,
París, París
tralará, lara, la!
¡París, París
eres sutil y banal!
París, París
donde se masca la frivolidad.
Tralará, la
Tralará, la.
Eres frívolo y travieso
como un botones de continental
de la calle Fuencarral.
Tralará, la.

Luego, me instalé en un "Hotel Meublé", dejé el bagaje y dos kilos de carbonilla que llevaba repartidos fraternalmente entre un bolsillo del pantalón, el oído izquierdo, y la hebilla de los tirantes, y después salí a la calle y compré *Le Journal*, para que me tomaran por un natural de la bella Lutezia.

Pero lo que me tomaron fué el pelo, porque me puse en la terraza de un café y empecé a leer el periódico del revés—ya que a mí, por el desconocimiento del idioma, me daba igual leerlo así, que leerlo de canto—y la gente que me veía, se tronchaba de una manera que se tenían que ir luego a la consulta de un ortopédico a encargarse corsets de escayola.

Sin embargo, yo no me azoré, y me fui a dar un paseo junto al Sena (1). Luego contemplé la Bolsa y más fui a ver la torre Eiffel.

Pero aunque había ascensor, no subí porque era muy alta.

—A esta torre le pasa igual que a la Giralda de Sevilla—pensé yo, que

he viajado mucho.—Las dos son muy altas y es muy molesto subir. Si estas dos cosas estuviesen a la altura de un primer piso, vendrían muchos más turistas a visitarlas. ¡Y es que estos arquitectos no caen en nada!...

Y después de hacerme esta reflexión y un siete en la americana con el sable de un gedarme, me fui a buscar a una mecanógrafa o a una modista del Louvre, para echármela de novia y conocer el carácter de la mujer francesa. Y para esto me encaminé al Bosque de Boulogne, que no les describo a ustedes porque es tarde.

En un banco ví a una preciosa mu-



chachita; me senté en otro banco que había enfrente, y empecé a mirarla.

Ella se dió cuenta y me miró también sonriendo primero al sombrero y después a una bota.

Yo entonces para satisfacer su curiosidad me levanté un poco el pantalón y le enseñé los calcetines. Ella sonrió agradecida.

Luego, como me siguiese mirando me desabroché el chaleco y le mostré toda la pechera de mi camisa. Más tarde abrí un poco ésta y puse al descubierto mi camiseta de crêpe. Ella seguía sonriendo complacida, y sin dejar de observarme.

Entonces yo para que se distrajera empecé a enseñarle las cosas que llevaba en los bolsillos. Puse encima del banco un librito de papel Bambú, una caja de cerillas de cinco céntimos y un llavero. También le enseñé un lápiz Fäber y un cerillero que había cogido del coche restaurant.

Al fin ella, completamente satisfecha, con su frivolidad francesa, se acercó a mí y me dijo:

—Oh, mon petit. Je vous aime.

Esto a mí no me extrañó, porque yo siempre he sabido que la mujer fran-

cesa es fácil como tocar el "No me mates" con un índice en un piano de cola. Y en seguida le pregunté si tenía novio.

—¡Oh!, sí—me dijo. ¿Cómo no?

Yo al oír esto me puse muy triste y dije "¡Maldita casualidad!", que es una frase que yo empleo mucho en estos casos; y cuando le pido dos duros a un amigo y me dice que no tiene porque se los ha gastado en tapioca para su chico.

Pero me contestó que eso era igual, que el que ella tuviese novio no importaba para que yo la quisiera. Que ella era una modista honrada, pero que ella era francesa.

Y nos fuimos a comer juntos a un restorán de la rue Montmartre.

Donde por cierto comimos ostras.

Y digo que comimos ostras, porque como no nos entendíamos apenas, nos aburrimos bastante.

El carácter francés.

Y nos quisimos mucho.

Sin embargo yo no era feliz con mi novia. La mujer francesa es algo coquetuela.

Véan ustedes.

Un día salí con ella de paseo y vimos un señor que tenía barba. Y reíma articular. Ella se fijó en él y exclamó embobada:

—Quel beau homme!

—Qui—dije yo que ya iba sabiendo mucho francés.

Y ella le llamó.

Yo la reñí y la dije que no me parecía bien aquello. Pero ella me recordó que era francesa, y que en Francia estas cosas se usan mucho.

Y entonces los tres juntos nos fuimos al "Moulin Rouge".

Otro día, estábamos los tres en el cuarto del Hotel y a ella le gustó el mozo de comedor. Y aquella noche salimos los cuatro juntos.

Otro, el mozo de comedor fué a vernos con su mujer y salimos los cinco reunidos cogidos del brazo. Y diciendo: "¡Vive la France!"

Y con esta libertad francesa llegamos a complicarnos diecisiete individuos.

La mujer del mozo de comedor era novia del sereno de un Banco que sos-



tenía relaciones con mi novia. Esta a su vez se entendía perfectamente con un equilibrista que era el amigo de la mujer de un veterinario que tenía anginas y que tenía además una amiguita segunda tiple.

Yo estaba hecho un verdadero lío,

pues ya no sabía qué novia me correspondía.

A los dos meses en lugar de diez y siete éramos sesenta y cuatro.

Esto pasa mucho en París.

Yo por entonces seguía de novio de mi primera novia, que había reñido con el marido de una amiga, que era la novia de un empleado de Hacienda, cuya mujer le engañaba con un fakir indio.

Y cuando me enteré que el marido de la amiga del mozo de comedor había pretendido a mi novia, que entonces era amiga íntima de un buzo, dije: "Los vodeviles para Elena Jordi", y tuve una escena tremenda con mi novia en su propia casa.

Véan ustedes qué escena:

Yo (*Muy indignado.*).—¡Tú es coquetuelle! (*Que quiere decir: Tú eres coqueta.*)

Ella (*Echándose en mis brazos.*).—Oh, no. Je vous aime.

Yo.—Oh, non (*Oh, no.*)

Ella (*En francés, llorando.*).—La

mujer francesa quiere locamente a un hombre. Pero al mismo tiempo flirtea con otros. Es frívola, y moderna.

Yo.—¡Vons ne me aimer pas! (*Que quiere decir: "Tú no me amas".*)

Ella.—Oúi, ouí. (*En francés.*) Y para que veas que te quiero y que soy una sentimental ahora mismo me moriré tuberculosa como Margarita Gautier.

Yo.—Bon. (*Bueno.*)

Ella (*Tosiendo horriblemente.*).—C'est suis malade!

Yo (*Despectivo.*).—¿Tú has la gripe? (¿Tú tienes la grippe?)



UN TIO DE PALABRA, por Picó.

El.—¿Sabéis que mi tío el millonario me ha dicho hoy que no sale de este invierno?

Ellas.—¿Sí? Oye: ¿y no te engañará?

El.—No lo creo: ¡Sería una grosería!



LUNA DE MIEL

—¡Desgraciada! ¿Cómo no me advertiste antes de casarnos que tenías un hijo?

—¡Oh, es que era tan pequeño, que no valía la pena hablar de él!...

Dib. de Peral.

Ella.—Non. Je été tres malade. Je vais morir.

Yo (*Arrepentido y comprendiendo que verdaderamente la mujer francesa es muy sentimental.*).—¡Pauvre petite! (*¡Pobrecita!*)

Ella. (*Cogiéndome una mano amorosamente.*).—Adieu. Peu importe la mort. J'ai le cœur en paix. Je suis heureux. ¡Oh, mou Dieu!

Y murió.

Yo lo último les juro a ustedes que no lo entendí bien. Y no lo pude buscar en mi diccionario de bolsillo, porque mi diccionario de bolsillo lo tenía en un estante de mi casa, que es donde se suelen tener siempre los diccionarios de bolsillo.

Pero yo estaba seguro que ella había dicho que me amaba.

¡Oh, la mujer francesa!

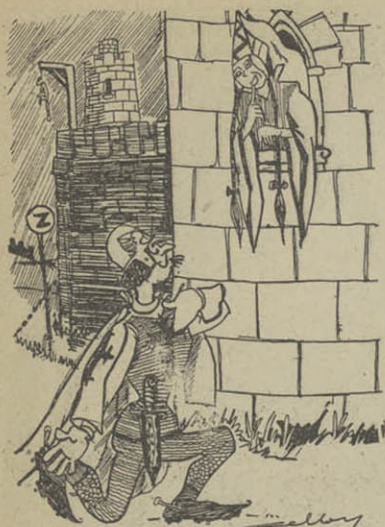
¡Frivolidad! ¡Romanticismo! ¡Alegría!

Al salir de Francia sabía dos cosas: Que las mujeres debajo de su frivolidad ocultan un hermoso corazón y que a los paraguas se les llama "parapluie".

¡Oh, París, París!

MIGUEL SANTOS.

(Ilustraciones de Mihura.)



Una escena medieval o bronca en el principal

La acción al pie del castillo de D. Pero de Saldaña, grande, muy grande de España y señor de horca y cuchillo.

Personajes de la acción
D. Nuño Núñez de Alvero y una hija de D. Pero lindo capullo en sazón a la cual dolo sería poner "pero" ni reparo pues está la nena, paro... ¡digo!... para una herejía.

Ella escucha con fervor de su doncel la querella y él, canta así a la doncella su ardiente endecha de amor.

—¡Vive Dios, señora mía que aunque está oscura la noche jurara que hay un derroche de luz que me anuncia el día!

—¿Dónde esa luz que vos veís brilla que no la diviso?

—Brilla porque Dios lo quiso en los clisos que tenéis.

—Decid; ¿no será más bien ilusión vuestra, D. Nuño?...

—¿Qué ilusión ni que... repudio?

¡Es nada más la fetén!...

—Gracias que vos me achacáis y que no tengo, bien sé...

—¿Gracias decís?

—¿Lo dudáis?...

¡Gracias, sí!...

—Pues... ¡No hay de que!...

Más, si os molestan, señora, los elogios por modesta, dejémonos pues de aquesta discusión que os encocora y, ¡a otra cosa, Nicanora!... Vuestro buen padre, ¿do está?

—Retádole al campo ha el moro, y, fuera desdoro no acudir... Allá estará...

—Pues, ¡buena caza traerá si está en el campo del moro!

—Yo misma sin aflicción, guardando en mi corazón la pena por su partida,

de su silla en el arzón clavé altiva mi pendón diciéndole conmovida: ¡Tomadlo, aquí lo tenéis, que él vuestras victorias rija; ¡a ver cómo defendéis el pendón de vuestra hija!... Y él dijo: "¡Tranquila está! pues no habrá quien lo mancille; donde haya un pendón que brille sólo el de mi hija será" Y quedé con su partida sola cual hongo, D. Nuño...

—¡Eso sí que no, repudio! Soltera y sola en la vida, no lo consiento, ¡pardiez! ¡Aquí de mis hidalguías! Con vos caso en quince días y si no... ¡me caso en diez!... —¡Oh, no! Habremos de esperar de mi buen padre el retorno. —Pero, ¿vendrá pronto?

—Un "giorno".

—¿Un qué?

—Un "giorno".

—¡Un... calamar!...

A mí, camelos, no, nena, pues sabed que, ¡vive el cielo! no vine a hacer el canelo debajo de vuestra almena.

—¿Qué es lo que diz vuestra boca?

—Pues ya oísteis lo que diz.

—Es que lo que diz, me choca.

—Y a mí me da en la nariz que estáis haciéndoos la loca...

—¡Vuestras palabras mediz.

—¿Que las mida?... ¡Anda la oca, no hagáis más la codorniz!

¿Es que os hacéis la ilusión de que vine a esta "maison" a leeros la doctrina

¡Pues os lleváis un colón!...

¡Que os rebocen ya un blasón!

—¡Y a vos una mandolina!

—¿Así pagáis mi querella?

—La culpa tenéis vos dello!

—La causa quiero sabella.

—Pues en vos está el sabello...

¡Me habéis ofendido!...

—¿Yo?...

¡Jamás tal calumnia of...

¿Que os ofendí?... Decid, ¿Do?...

—Os digo Do y... mi fa y si...

A una honesta y pura "donna" agravio hicisteis sentir...

—¡Por vida de mi tizona!...

¡Pues no se atreve a decir que ofendí a la "bella donna"?...

Mas, como no es ocasión de armar un fregao ahora, no me déis más el tostón y oíd con calma, señora...

—Me habéis querido agraviar y como el hecho me irrita, sabed que os va a escuchar Rita.

—¡Qué mamporro os voy a dar!...

—¿Puede que tengáis valor?

—Si seguís en ese tren es fácil...

—¡Castigador!...

—¿Castigador?... ¡Niña bien!...

—¿Esto más?... ¡Nunca don Nuño juzgué que pudiéser ser "niño flan" de nuevo cuño que así trate a una mujer! ¡A una mujer castellana!... Mas harto habéis demostrado

que sois "asaz" deslenguado y "asaz"...

—¡Lo que os dé la gana!

¡Y pues es vuestra intención, todo acabó por las trazas!

—¿Calabazas?

—¡Calabazas!

—¡A mí, Prim!

—¡A mí, Sansón!

¡Mañana al rayar el día, mandaré desde la Corte, un escudero que os porte lo vuestro, señora mía!

—Aquel ricito tan bello que os di, ¿me lo mandaréis?

—¡Sí, tal!... Y, ¿lo tomaréis?

—¡Sí que os tomaré el cabello!

—Ha tiempo, señora, que sin yo exhalar una queja, os quedáis con mi guedeja.

—¿Yo, para qué?

—No lo sé;

pues si la aleve intención supiera como la infiero...

¡Por mi fé de caballero, por mi alcurnia y mi blasón...

—Tened la lengua un momento, pues no estoy para escuchar que me vengán a cantar ahora "Molinos de viento".

—¿Esto más, señora?

—Esto

y el caso bien claro está; ¿no hemos tarificado ya?

¡Pues, idos con viento fresco!

—¡Basta, señora; me iré y pues vuestra mala fe rompe del amor los lazos, dolido me partiré.

—¡Partíos..., mas cuidad que no queden aquí pedazos!

—Señora, con Dios quedad, voime, pero no olvidad esto que a deciros voy:

¡aunque me parta, aquí estoy!

—¡Está's pelma de verdad!

—...Y si hubiera algún osado que en vuestras gracias prendado os cortejara atrevido,

¡por el Nestle que me han dado, le dejo a mis pies tendido!

.....

Esto D. Nuño lanzó.

Tosió con fuerza, escupió, se embozó jacarandoso,

y cruzando el amplio foso, fuese y nada sucedió.

Sólo en la llamada noche pudo oirse "sotto-vocce,

esta sentencia sencilla:

—"Mañana conmigo en coche, se viene esa a la Bombilla."

FIDEL PRADO.



Dib. de Bellón.



El (aparte, después de esperar hora y media).—
¡Dios mío: yo no sé lo que tardaría una mujer
con diez cabezas! (Dib. de Picó.)

DE FUERA DE CASA

Cuetos judíos, por Jules Moy y Max Viterbo

LOS INSOMNIOS DE SCHULMAN

Madame Schulman (a las tres de la mañana).—¿qué te pasa, Schulman? No duermes; te agitas; suspiras. A ti te pasa algo.

Schulman.—No puedo conciliar el sueño. Mañana es día treinta y uno, y debo pagar quinientos francos a Figuemund, nuestro vecino de enfrente.

Madame Schulman.—¿Y es esto lo que te preocupa?

Schulman.—Es que me faltan los quinientos francos que debo pagar a Figuemund.

Madame Schulman.—¿Y es por quinientos francos por lo que no puedes dormir?

Schulman.—¡Claro!

Madame Schulman.—Bueno. Dentro de diez minutos vas a dormir tranquilo. (Madame

Schulman se levanta, abre la ventana y empieza a gritar): ¡Figuemund!... ¡Figuemund!... ¡Figuemund!...

Figuemund (asomado a la ventana, en camisión).—¿Qué pasa?

Madame Schulman.—Soy madame Schulman.

Figuemund.—¿Y qué quiere usted a estas horas?

Madamen Schulman.—Decirle que mi marido no podrá pagarle mañana.

(Figuemund deja escapar un juramento hebraico.)

Madame Schulman (cerrando la ventana y volviendo al lecho, a su marido).—Ahora será Figuemund el que no podrá dormir.

ABRAHAM, JUSTICIERO

Lévy y Abraham salen de casa de Durand, donde han comido.

Lévy.—¿No te has fijado, Abraham, qué mala cocina tienen?

Abraham.—Sí, Lévy.

Lévy.—Estos Durand no saben recibir a la gente.

Abraham.—Sí, Lévy.

Lévy.—No tienen educación ninguna.

Abraham (sacando unos cubiertos de su bolsillo).—Por eso Dios los ha castigado.



—¿Hace mucho tiempo que no ves a Carlos?

—Sí, pero creo que le veré mañana.

—Entonces haz el favor de recordarle que somos novios. (Dib. de Picó.)

Una plana absolutamente robada



La señora. — Oiga, cobrador: ¿pero se puede ir borracho en el tranvía?

El cobrador. — Sí, señora; pero esese quietecita y sin molestar a los viajeros.

(De London Mail, Londres.)

Cosas chistosas

Recorría las calles de Nueva York un paraguero con su pesada caja, cuando oyó unas voces que se dirigían a él desde un "rascacielos", y mirando hacia arriba, vió a una mujer que tenía un niño pequeñito en brazos y que no cesaba de gritar: "¡Paraguero, paraguero, suba, suba!"

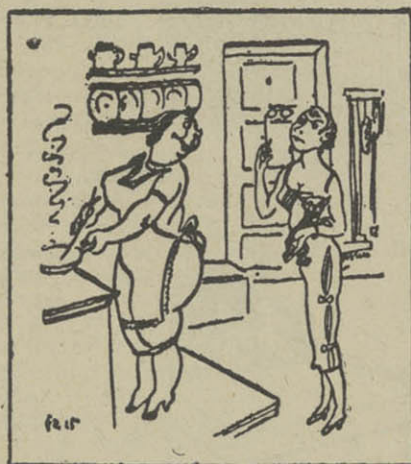
El paraguero empezó a subir escaleras; cuando por fin llegó arriba, salió la mujer y le dijo:

—Oiga usted, paraguero, ¿no es verdad que como vuelva a llorar este niño se lo lleva con usted?

El popular actor Mariano Fernández era un gran improvisador, y en muchas ocasiones dió pruebas de facilidad para el verso.

Representando el drama del duque de Rivas "Don Alvaro o La fuerza del sino", en el que Fernández hacía una verdadera creación del personaje del Iago, dió un tropezón enorme al salir a escena y cayó cuan largo era sobre las tablas, en medio de la hilaridad del público, que cortó el genial actor levantándose rápidamente y diciendo, adelantándose a la batería:

Ahora he metido la pata,
mas casi con heroísmo;



La señora. — ¿Dice usted que se encontró al señor Braun al salir de la casa de empeño? No le diría que había ido a empeñar un par de colchas mías.

La criada. — No señora. Le dije que eran mías y que las empeñaba porque hace dos meses que no me paga usted. Yo soy muy discreta.

(De Meggendorfer Blaetter, Munich.)



—Es inútil, señorita; aunque se ponga usted de rodillas, no me compra esas botas.

(De Le Rire, París.)

casi me rompo el bautismo
por culpa de una alpargata.

Y una ovación cerrada acogió aquella improvisación.

Un gitano, amigo de lo ajeno, hurtó al confesor del lugar un reloj de oro, y fuese a confesar, y tuvo que confesarse con el mismo confesor a quien él había robado; y, como es de suponer, dijo que había robado un reloj, pero sin decir a quién, y el confesor le dijo:

—Pues ese pecado no se te perdona sin devolver ese reloj a su dueño.

El gitano. — ¿Lo quiere usted?

El confesor. — No, hijo, no.

El gitano. — Es que su amo no lo quiere.

El confesor. — En ese caso, quédate tú con él.

Y el gitano quedóse con el reloj.

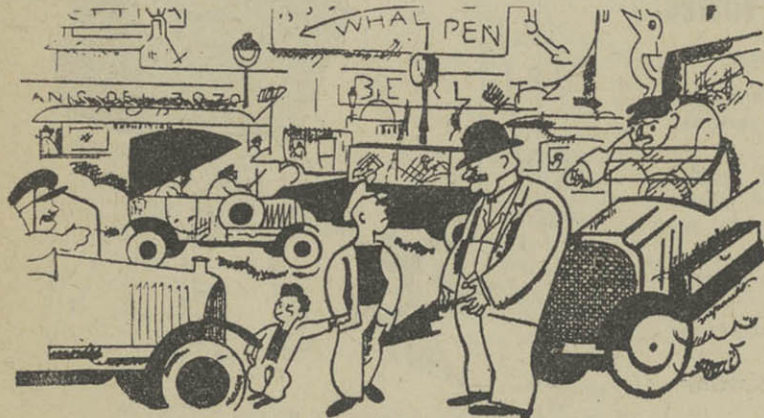
El hijo de Gedeón pregunta a su padre:

—Dí, papá, ¿es verdad que han condenado a cadena perpetua por una causa y a la pena de muerte por otra a un criminal?

—Sí, hijo.

—¿Y cómo se las harán cumplir?

—Pues, muy fácilmente. Primero, lo meterán en presidio para toda la vida, y después, le darán garrote.



—¿Por qué llevas a tu hermanito de paseo entre tanto auto? ¿No ves que le pueden atropellar?

—No importa. ¡Tengo más en casa!...

(De Le Rire, París.)



La mujer. — No lo niegues... Me querías más cuando éramos novios.

El marido. — Es posible... Yo nunca he sido partidario de las mujeres casadas.

(De Sans Gene, París.)

Vestido e higiene de la mujer

El vestido de la mujer fué una de las primeras preocupaciones de ella misma, y desde Eva a nuestros días, la moda, en sus constantes evoluciones, unas veces ensombrece y afea la silueta; otras, como en la Grecia clásica, ciñéndose al cuerpo delgado y ágil, forja una sutil visión, y, por último, en los tiempos que corremos el traje femenino es una radioscopia donde por sombras se aprecia todo el adorable organismo.

Más ahora, en el crudo invierno, es más complicado el femenino vestir, y la mujer goza al lucir los magníficos gabanes de pieles. ¿Hay algo más bello que una dama ceñida por los pliegues suaves y mimosos del *renard bleu*, el *lapin rouge* o le *chien à rayes*? Creo que no.

En España carecemos de pieles de postín, aunque algunas casas catalanas hacen maravillas con el campestre y económico conejo, transformándole y dándole apariencia de costosas pieles; claro está que con el peligro de llevar tras de sí ocho o diez *pointiers* o perdigueros.

También realzan la belleza femenina esos gabanes varoniles de recio paño de gamuza, de severa hechura, adornados con el detonante airón de una bufanda policromada, abrigos que, si la señora es gruesa, la da un precioso perfil de cochero de casino.

Si queréis conservar la elegancia, huid de los collares de los chinos como si portaran la peste; tampoco son de buen gusto esos irrigadores plegables, en gomas de colores, que adornan los escaparates de los ortopédicos.

Como digno remate de vuestra gentileza, un fieltro de vivos colores o negro, que cubra vuestra linda melena, dejando ver algo de pelo, es decir, que del fieltro sobresalga un tercio.

En cuanto al corte de pelo, es higiénico y de un inquietante modernismo, pero para esta capilar mutilación, contad un poco vuestros años... pues una señora que pasa de los cincuenta, más que *manolo*, nos recuerda, con su media melena, a Cristóbal Colón, ojeroso y sofocante, encima de *La Niña*, en un día de temporal.

El pelo cortado, como toda rebeldía, es flor de juventud y de belleza; por eso las feas yo creo que cortarse el pelo es poco: deben de cortarse la cabeza.

Otro detalle de suprema elegancia es el tono de carmín de los labios,

medida de alta higiene, pues preserva del frío a tan delicadas mucosas, llevando un sello de carmín y de cacao a cuanto tocan...

Las cremas, tan anunciadas, deben ser desterradas por ser perjudiciales; la mujer no debe usar más crema que la de la "Flor y Nata", como postre, y la corriente en el calzado.

La ropa interior, señoras... permitidme un consejo: la ropa interior debe ser el supremo cuidado de la mujer casada; una caprichosa y corta camisilla de crespón retiene al esposo mejor que un grueso tomo de moral doméstica; nuestro buen fray Luis de León olvidó lamentablemente este capítulo al escribir su *Perfecta casada*. Mis queridas lectoras: no seáis frívolas; huid de la ropa interior de abrigo; no poneros esa vulgar ropa de franela, que hace de vuestra íntima silueta un primer premio de máscaras a pie.

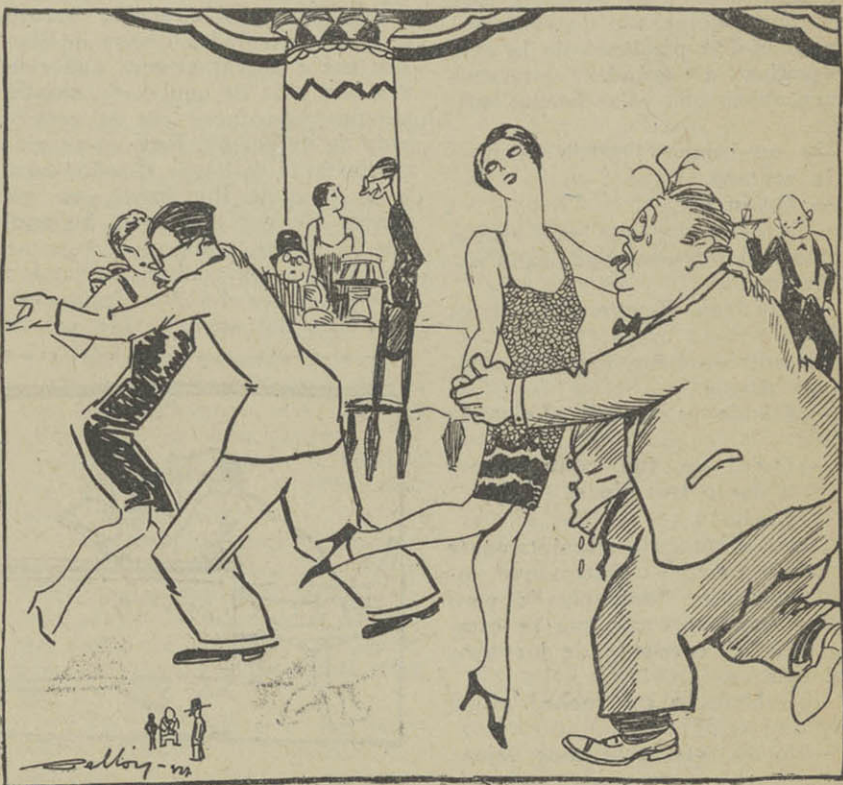
El verdadero cariño conyugal debe basarse en un continuo respeto al buen gusto; en el terreno estético, la esposa debe tratar al marido siempre de usted, pues si no los hogares se manchan de grasa y de olor a sobaco, cosa que hay que temer.

¡Casadas! Copiad vuestras ropas y el mohín de la *vedette* de más éxito... pero sólo esto.

Huid del adorno excesivo; el mejor adorno es la moda actual, bella e higiénica, que os hace parecer adorables tanagras; la falda larga es antiestética y un depósito de microbios callejeros; lucid vuestras piernas ágiles y torneadas, en nombre de la higiene, base de toda moral. Desterrad el uso de las alhajas, recuerdo atávico de las razas salvajes. ¿Qué mejor adorno que el coral de vuestros labios, la esmeralda de los ojos y el nácar de vuestra piel, alhajas naturales de un alto valor y pignorables, si no en el monte, en un hotelito cerca del monte?

Y nada más, bellas lectoras. Higiene corporal, a base de agua, mucha agua. La mujer es un ser anfibio, que necesita estar tanto tiempo en el agua como en la tierra. Arreglo prudencial del rostro, y el pecho siempre lleno de alegría y de amor, pues la mujer, pese a los abogados, médicos y asambleístas, es un juguete divino, es lo único que justifica la vida del hombre, pues pensad que, si como premio al trabajo creador e investigador, se encontrara uno en casa una característica, el mundo duraría escasamente dos años, hundiéndose en polvo toda obra creadora, en un informe monótono del que sobresaldría, retadora e irónica, la simbólica costilla.

FÉLIX HERCE.



El gordo.—Y diga usted señorita. ¿En este baile no se mueren los músicos de repente?

Dib. de Bellón.

Cuentos regocijantes

La visita

“Muchos enfermos y, por consiguiente, mucho trabajo. Pero población agradable, hospitalaria y generosa. En veinte años se hace una bonita fortuna, con un puesto seguro en el Consejo general y con probabilidades de salir diputado.”

En vista de los anteriores informes, el joven doctor Devirie corrió hacia el Nivernais a ocupar la plaza que había dejado vacante el anciano médico de Vetsy-les-Bois. Decidió asombrar a la población mostrándose muy a la moderna y, con este fin, acompañó su mobiliario con un magnífico automóvil rojo burdeos, fileteado de crema provisto de dos “baquets” y de una bandeja para el equipaje... ¡La fíltima palabra de lo confortable! “¡Será mala suerte—pensaba Devirie frotándose las manos—si, al menos, no saco para la gasolina con el aumento de las visitas que el mismo auto ha de proporcionarme!”

Pudo convencerse de que estaba en lo cierto desde la primera noche de su instalación en Vetsy. A cosa de la una, despertole un ruido espantable. Las persianas de la casa golpeadas a grandes estacazos amenazaban con volar hechas astillas.

De un brinco, Devirie asomose a la ventana.

—¿Quién es?

—Es la madre que casi está a punto de morir—respondió una voz femenina.

—Muy bien. Espere. Bajo ahora mismo.

Encontróse fuera con una criada de granja.

—¿Dónde es eso?... ¿Lejos de aquí?

—¡Quiá!—le fué contestado—. Está a dos o tres pipas.

—¡Bueno!

Devirie ignoraba absolutamente el número de hectómetros que podía constituir “una pipa”; pero había que aparentar que se estaba muy al corriente de los usos del país.

—¿Subimos a mi coche? ¿Está bastante lejos?

—No es que esté muy lejos; pero a mí me gustaría mejor ir a pie, porque luego querrá usted cobrar más caro.

—¡Ni pensarlo siquiera, señori-

ta!... ¡Para lo que cuesta la gasolina!...

—Está bien. ¡Si usted se empeña!

El coche arrancó. Dirigido por unos senderos infames, bajo una lluvia torrencial, entre pedernales y cascotes de botellas, hallóse, al cabo de media hora, con los cuatro neumáticos destrozados, ante una granja aislada, donde gallinas, vacas, cerdos y personas parecían revueltas en un montón. Entraron por un sobradillo en una cocina amueblada con unos camastros. Allí estaban Tonasson, el padre, Pedro y Juan, los hijos, Lodia, Carlota y Zoe, las hijas. En un rincón dormitaba la madre Tonasson.

—¿Es usted?—gruñó Tonasson—. ¡Qué lástima!... ¡Qué lástima que esté usted en su casa cuando no hace falta! No esperaba verlo a usted por aquí.

Un poco sorprendido por este encantador recibimiento, Devirie murmuró:

—¿Por qué?

—¿Por qué?

Tonasson indicó a la madre con un gran ademán irritado.

—¡Porque la maldita vieja se ha curado! Nos había hecho creer que iba a reventar. Pero todo era una farsa. En mitad de la noche nos gritó: “Venid todos, el padre y los hijos, a mi alrededor. ¡Noto que me marcho!” En vista de ello, Zoe fué a buscar al cura que vive a media pipa de aquí y yo mandé aunque sólo fuese por el certificado de defunción. Pero en el mismo instante de llegar el señor cura y el chico de Rouffianel con los santos óleos y el viático, he aquí que la madre crujieron a vomitar las tripas y las asaduras aullando: “¡Alabado sea el Señor, Tonasson! ¡Ya salí del apuro! ¡Me parece

que por esta vez no me muero!” El señor cura la miró y nos dijo: “¡Qué gana de bromas! ¿Es esta la agonizante? Pues me parece que va a ser todavía más vieja que la añosa encima del portazgo.” ¿Sabe usted lo que tenía? Pues una indigestión que ha pescado esta mañana en la feria. Entonces yo me dije: “¡Con tal, Dios mío, de que el doctor no esté en su casa!”

Aunque tuviese sus cuatro neumáticos clavados en el corazón, Davirie replicó amable:

—Eso no importa. No siento haberme molestado.

—No se trata de su molestia, sino del precio de su visita. Puesto que la madre no ha reventado, es una lástima tirar el dinero. Y no es eso lo malo, sino que, además, ha venido usted en su auto...

—¡Bah! ¡Para lo que cuesta la gasolina!...

—En fin, ¿cuánto me va usted a cobrar por esta visita inútil? Me gusta saber el precio de antemano.

—Tres francos—exclamó heroicamente Devirie.

En seguida tuvo la visión de un Tonasson asustado, con los brazos levantados al cielo.

—¡Tres francos!... ¡Dios mío!... ¡Tres francos!... Pero ¡con tres francos se curaría un regimiento! En primer lugar, usted es demasiado joven para pedir tres francos. Yo no daba más que dos francos al antiguo doctor de Vetsy, que tenía cuarenta primaveras más que usted.

Muy despedido, pero dispuesto a todas las concesiones, Devirie le replicó:

—Me dará usted dos francos y en paz.

Pensaba para consolarse: “Me tocará pagar los neumáticos; pero, al menos, sacaré lo de la gasolina”.



El director.—Bueno; me quedo con los versos para leerlos, y si me gustan, le daré mañana cinco duros.

El poeta.—Yo le estimaría que antes de leerlos me diera once reales.

(Dib. de D. M. G.)

—¡Un momento!—objetó Tonasson. Yo tenía la costumbre de pagarle en especie. En vez de darle los dos francos en dinero, voy a darle una gallina. Ahí la tiene usted.

Presentándole una volátil hética:

—¡Qué gorda y qué hermosa está! Un maldito automóvil me la aplastó ayer en la carretera. Se la dejo a usted en los dos francos. A mí me gusta ser leal en los negocios. ¿Le conviene?

Y sin esperar la respuesta:

—¡Conformes! ¡Choque esa mano!... Ahora vamos a ver cómo se gana usted esos dos francos. Primero, la madre. ¡Eh, madre! Enseña la lengua al doctor... ¿Qué medicamentos hay que darle?

—Unas tisanas. Y mañana, la dieta. Nada más.

—¿La dieta? ¡Menos mal que vamos ganando algo! ¿Lo oyes, mujer? Mañana te harás una cruz en la barriga. Así aprenderás a no llenarte la andorga en la feria. ¿Y yo, doctor? Mire...

Enseñe una lengua enorme.

—No me encuentro bien. Me duelen los riñones, me palpita el corazón y ando mal de apetito.

—Tendrá usted sucio el estómago. Tome trescientos gramos de aceite de ricino.

—¿Y si tomara agua y sal? La curandera dice que eso es mejor y cuesta menos.

—Tome agua y sal—concedióle Devizie resignado.

—¿De manera que soy yo quien le dice ahora los medicamentos?... ¡Caramba!... ¡Con qué facilidad gana usted sus dos francos!... Pero



—Me tengo una carraspera.

—Pa eso, lo mejor, güevos crudos.

—¿Eso es güeno?

—¡Figúrate, hombre! Hasta las gallinas cacarean cuanto los ponen o así. (Dib. de Perales.)

¿qué hace?... ¿Quiere usted marcharse ya?... ¡Espere, hombre de Dios, espere!... Aún no hemos acabado... ¡Pedro! Ven para acá... Enseña tu lengua al doctor. Aquí tiene usted, doctor, a este mozallón que se queja. Dice que está triste. Yo le he preguntado si su prometida no se portaba bien y me ha contestado que mal podía ser eso, puesto que no tiene novia. Entonces yo me he dicho que no es natural eso de estar triste sin saber por qué. ¡Para mí que este pícaro no anda en muy buenos pasos!...

Devizie comenzaba a pensar que también iba a tener que pagar algo de la gasolina... Sin embargo, preguntó a Pedro:

—¿Le duele a usted alguna cosa?

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí.

Designaba su abdomen. Devizie lo auscultó.

—Sí. Está duro. E hinchado como un globo.

—Está como está—replicó Pedro molesto—. No voy a hacerme una panza a la medida de su gusto.

—Hay algo de pereza intestinal.

—Quizá no vaya usted descaminado en eso, porque ¡vaya si es perezoso el chico!—intervino Tonasson.

—¿Desde cuando no ha ido usted al guardarropa, amigo mío?

—Desde el domingo, en que me puse el traje nuevo.

—No me entiende usted. Yo quiero decir...

Devizie dió una explicación más explícita. Luego, después de varias confidencias, agregó:

—Pues bien; hay que hacer un buen lavado. ¿Me comprende?...

—¡Ya lo creo que lo comprendo—triunfó Tonasson—. ¿Cómo al potro?

—Lo mismo exactamente.

—Espere un poquito.

Abrió una cómoda, sacó de ella una enorme lavativa, echó agua en un barreño de barro oscuro:

—Aquí tiene, doctor, la lavativa del potro. ¡Hala!... ¡Póngasela usted al muchacho!...

—¡De ninguna manera!—contestó Devizie aterrado—. Puesto que usted se las pone tan bien al potro, póngasela del mismo modo a ese bobalicón... ¡Mme. de Maintenon no necesitaba de ayuda para eso!

—¡Yo no conozco a esa señora!—contestóle severamente Tonasson—. Y una cosa es mi potro y otra cosa es mi hijo. Además, algo ha de hacer usted para ganarse sus dos francos ¡qué caramba!



—Chico, desde que te has casado llevas muy limpios los zapatos.

—Mi mujer, que es una alhaja.

—¿Te los limpia ella?

—No. Pero desde el día siguiente de nuestra boda, me obliga a que me los limpie yo mismo.

(Dib. de D. M. G.)

Devizie hizo un esfuerzo sobrehumano sobre sí mismo. Pensó ardentemente en el Consejo general y en la diputación y se resignó. Después de la operación, preguntó con una voz estrangulada:

—¿Hemos acabado ya?

—¡Todavía no! ¡Eh!... ¡Juan, Zoe, Lodia, Carlota, Pobreta, venid a enseñarle la lengua al doctor!

—Ya las he visto. Tienen unas lenguas sanas y hermosas. Pero, en fin, se las miraré otra vez... y otra... ¿Está usted ya satisfecho?

—¡Satisfecho!... ¡Satisfecho!...—refunfuñó Tonasson—.

—¡Lo que se dice satisfecho!... ¡Porque hay que ver lo que cuesta criar las gallinas!... ¡Y que le regalo a usted la más hermosa!...

—¡Bah! ¡Puede usted guardársela! ¡Quédese con ella, hombre!—aulló Devizie fuera de sí.

—No hemos de reñir por eso—otorgó tranquilamente Tonasson, ya de mejor talante—. ¡Me la guardaré!... ¡Caramba... caramba!... ¡Es usted un buen muchacho, señor doctor!... ¡Hombre! A propósito!... Ya que está usted aquí, no le cuesta ningún trabajo... Vamos a ver una vaca ¿quiere?... No sé lo que tendrá; pero no marcha bien... no marcha bien...

HENRY KINTEMAECKER



Queda abierto el primero para el cual, y queriendo salir del monótono carril por donde van casi todos los concursos, hemos topado (¡sin malicias!) con un asunto agradable y útil a la par. El premio de este concurso consistente en VEINTICINCO PESETAS DE LAS NUEVAS, será otorgado al lector de VARIETÉ que redacte lo más serio y documentadamente posible un ardid para no pagar al casero o cuando menos, retardar el pago cuatro o cinco meses sin que el señor casero pueda valerse del desahucio.

El que acierte a encontrar el medio, además de las veinticinco pesetas conseguirá el más profundo agradecimiento de la humanidad doliente y un si es o no es mosqueada.

¡A por las 25 agamenundas!

Este concurso es el correspondiente al mes de diciembre y deben acompañar los trabajos (procurando no tengan mucha extensión) del cupón que se inserta en esta plana. Es nuestro deber advertir que, a más de cortos, han de ser pulcros. ¡Y no se nos vayan a mosquear por la advertencia!

De todas partes

Comunican de Estocolmo que el satio profesor Lakunsky ha descubierto una nueva y hermosa estrella, a la que ha bautizado con el nombre de Venusina.

Por confidencias particulares sabemos que ya ha salido en su busca Juanito Carceller para ofrecerle un ventajosísimo contrato en nombre de los empresarios del teatro de la venida, ya que hasta el presente no pasan de tres las estrellas de variedades que han logrado encontrar.

Dada la pericia del citado, agente artístico, esperamos ver actuar a Venusina la próxima temporada.

Núm.

1

CUPON del
concurso de
VARIETÉ
«Para no pa-
gar al casero»

APARTADO DE
CORREOS DE

VARIETÉ

núm. 8.032



—Y usted, ¿por qué me pone cara de perro? ¿Le debo algo acaso?

VÍAS URINARIAS IMPUREZAS DE LA SANGRE DEBILIDAD NERVIOSA

Basta de sufrir inútilmente de dichas enfermedades,
¡gracias al maravilloso descubrimiento de los:

MEDICAMENTOS DEL DR. SOIVRÉ



Vías urinarias: **Blenorragia** (purgaciones), en todas sus manifestaciones, **uretritis**, **prostatitis**, **orquitis**, **cistitis**, **gota miliar**, etc., del hombre, y **vaginitis**, **metritis**, **uretritis**, **cistitis**, **anexitis**, **flujos**, etc., de la mujer, por crónicas y rebeldes que sean, se curan pronto y radicalmente con los **Cachets del Dr. Soivré**. Los enfermos se curan por sí solos, sin inyecciones, lavados y aplicación

de sondas y bujías, etc., tan peligroso siempre y que necesitan la presencia del médico, y nadie se entera de su enfermedad. **Venta: 5'50 ptas. caja.**

Impurezas de la sangre: **Sífilis** (avariosis), **eczemas**, **herpes**, **úlceras varicosas** (llagas de las piernas), **erupciones escrofulosas**, **crietemas**, **acné**, **urticaria**, etc., enfermedades que tienen por causa humores, vicios o infecciones de la sangre por crónicas y rebeldes que sean, se curan pronto y radicalmente con las **Píldoras depurativas del Dr. Soivré**, que son la medicación depurativa ideal y perfecta porque actúan regenerando la sangre, la renuevan, aumentan todas las energías del organismo y fomentan la salud, resolviendo en breve tiempo todas las úlceras, llagas, granos, forúnculos, supuración de las mucosas, caída del cabello, inflamaciones en general, etc., quedando la piel limpia y regenerada, el cabello brillante y copioso, no dejando en el organismo huellas del pasado. **Venta: 5'50 ptas. frasco.**

Debilidad nerviosa: **Impotencia** (falta de vigor sexual), **poluciones nocturnas**, **espermatorrea**, (perdidas seminales), **Cansancio mental**, **pérdida de memoria**, **dolor de cabeza**, **vértigos**, **debilidad muscular**, **fatiga corporal**, **temblores**, **palpitaciones**, **trastornos nerviosos de la mujer** y todas las manifestaciones de la **Neurastenia** o agotamiento nervioso, por crónicas y rebeldes que sean, se curan pronto y radicalmente con las **Grageas potenciales del Dr. Soivré**. Más que un medicamento son un alimento esencial del cerebro, médula y todo el sistema nervioso. Indicadas especialmente a los agotados en la juventud, por toda clase de excesos (viejos sin años), para recuperar íntegramente todas sus funciones y conservar hasta la extrema vejez, sin violentar el organismo, el vigor sexual propio de la edad. **Venta: 5'50 ptas. frasco.**

VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS DE ESPAÑA, PORTUGAL Y AMÉRICAS

NOTA.—Todos los pacientes de las vías urinarias, impurezas de la sangre o debilidad nerviosa, dirigiéndose y enviando 0'50 ptas. en sellos para el franqueo a **Oficinas Laboratorio Sokatarg**, calle Ter, 16, teléfono 564 S. M. Barcelona, recibirán gratis un libro explicativo sobre el origen, desarrollo, tratamiento y curación de estas enfermedades.

La sección «De utilidad y recreo»

En esta sección científica daremos cuenta de las cosas más disparatadas y repugnantes y de aquellas en que la inutilidad y la estupidez sean la única finalidad posible. La dirección de VARIETÉ, inspirada y arrempujada por el moderno gusto, se propone que esta plana llegue a inspirar tal antipatía al lector, que en cuanto llegue a ella, la escupa.—N. de la R.



DE CINEMATOGRAFO

La bella actriz alemana Eva Lindorf, en la película "Además del frac".

(Foto Fox Film.)

Prepárense a comprar el
formidable Almanaque de

VARIET



POESÍA Y REALIDAD, por Bellón.

El amigo.—Oye, poeta. Mira que mujer sale de aquella tienda.
El poeta.—¡Menudas judías venden en la tienda de donde sale esa mujer!

MUY PRONTO

Biblioteca Astrakán

La más hilarante publicación

30 céntimos